



Acta Scientiarum. Education

ISSN: 2178-5198

eduem@uem.br

Universidade Estadual de Maringá
Brasil

Burlando, Giannina

Educación en la nueva practica de ciudadanía democrática: bases de John Dewey
Acta Scientiarum. Education, vol. 37, núm. 4, octubre-diciembre, 2015, pp. 349-355

Universidade Estadual de Maringá
Maringá, Brasil

Disponibile en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=303343304003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Educación en la nueva practica de ciudadanía democrática: bases de John Dewey

Giannina Burlando

Pontificia Universidad Católica de Chile, Vicuna Mackenna 4860, 7820436, Santiago de Chile, Chile. E-mail: gburland@uc.cl

RESUMEN. Mi propósito en este estudio es revisar las bases del arte político de John Dewey o su nueva practica de ciudadanía democrática. Dewey es reconocido como el más importante de los filósofos estadounidenses de la primera mitad del siglo XX y como el más influyente, por darle a la filosofía un quehacer público: el de las preocupaciones políticas y educativas. De modo que a partir del método instrumentalista aplicado al ámbito sociopolítico, recojo postulados nodales aparecidos en los principales escritos de Dewey, para revitalizar el sentido y trazar el alcance práctico del elemento central de su filosofía política: ‘el poder colectivo de la comunidad democrática’.

Palabras clave: J. Dewey, educación, práctica democrática.

Educação na nova prática de cidadania democrática: bases de John Dewey

RESUMO. Este estudo teve o objetivo de revisar as bases da arte política de John Dewey ou a sua nova prática de cidadania democrática. Dewey é reconhecido como o mais importante dos filósofos norte-americanos da primeira metade do século XX e como o mais influente, por dar à filosofia uma tarefa pública: a das preocupações políticas e educativas. De modo que, a partir do método instrumentalista aplicado no âmbito sociopolítico, reúnes postulados cruciais que surgem nos principais escritos de Dewey, para revitalizar o sentido e traçar o alcance prático do elemento central da sua filosofia política: ‘o poder coletivo da comunidade democrática’.

Palavras-chave: J. Dewey, educação, prática democrática.

Education in the new practice of democratic citizenship: databases of John Dewey

ABSTRACT. The bases of the political art of John Dewey or his new practice of democratic citizenship are reviewed. Dewey is acknowledged as one of the most prominent of the American philosophers in the first half of the twentieth century. He is also the most influential due to endowing philosophy a public task, namely, political and educational concern. From the instrumentalist method applied to the political area, crucial postulates in the major writings of Dewey are selected to revitalize the meaning and draw up the practical impacts of the central element of his political philosophy: ‘the collective power of democratic community’.

Keywords: J. Dewey, education, democratic practice.

Introducción

La filosofía de John Dewey se propone la tarea de ‘pensar nuestra propia época’. A los ojos de David L. Hildebrand, su filosofía resurge hoy por los significativos paralelismos históricos entre la época de la gran crisis de los años 1929-30 y la nuestra¹. A los ojos de B. Russell (1972, p. 827, nuestra traducción, el subrayado es nuestro), la de

Dewey es “[...] una filosofía del ‘poder’, aunque no como la de Nietzsche, una filosofía del poder del individuo; lo que se percibe como valioso es el poder de ‘la comunidad’”. Nos proponemos aquí rescatar pasajes de sus escritos de varias etapas, tales como *Democracy and Education* (1980a [1916]); *Viejo y nuevo individualismo* (2003 [1922]); *La opinión pública y sus problemas* (2004a [1926]), *El arte como experiencia* (1980b [1938]).

Queremos revitalizar el sentido y el alcance práctico del elemento central de su filosofía política: ‘el poder colectivo de la comunidad democrática’, cuestión que aparece al constatar la radicalidad con la que Dewey aborda la interacción e influencia

¹ “La América de principios del Siglo XX que conoció a Dewey se hallaba buscando orientación sobre muchos problemas que preocupan a la gente hoy día: problemas de desempleo, de gente sin hogar, de falta de servicios médicos para los pobres, la indiferencia de los ricos para con los pobres, la balcanización de sociedades pluralistas en barrios estratificados económica y culturalmente; el aislamiento producido por el consumismo y el hiper individualismo” (HILDEBRAND, 2008, p. 3).

reciproca entre el concepto de nuevo individuo y los de ‘común’, ‘comunidad’, ‘comunicación’, y por otro, los de ‘democracia’, ‘opinión pública’ y ‘educación cívica’. Conceptos claves que hoy día influyen en los partidarios de una democracia radical². En la sección II hago referencia a la noción deweyana de individuo en la ciudadanía democrática, y considero ambas, en relación a la educación; en la sección III concluyo con la función que Dewey le asigna al arte dentro de su pragmatismo político.

Individuo de Dewey y el poder social o la ciudadanía democrática

La novedad de Dewey es no aplicar el método pragmático³ al ámbito estrictamente científico como lo hace C. S. Peirce, tampoco le preocupa ampliarlo al ámbito psicológico-religioso como W. James, sino que vive la revolución física que asociamos a Einstein para contribuir a las teorías que hacen del método científico aplicable a la sociología, aplica como veremos, el método pragmático al ámbito sociopolítico. Usa la expresión ‘instrumentalismo’, equivalente en fuerza a pragmatismo, para destacar el carácter de herramienta que tienen las concepciones intelectuales que usamos o la misma educación en tanto ‘necesidad de la vida’. Dewey toma en serio la incorporación que hace Darwin de la vida humana en la naturaleza y trata de explicar las consecuencias de esta visión en materias sociales, políticas y educacionales.

En cuanto a la llamada ‘cuestión social’, desde el lado socialista de Dewey, su propuesta es la de reconstruir tanto un ‘nuevo’ individualismo, como un ‘nuevo’ liberalismo. Por una parte, nuevo individualismo quiere decir un individualismo que “[...] no se centre en el individuo particular, sino en las ‘condiciones que afectan a un gran número de individuos’” – como se nota en Sidney Hook (2000, p. 27, el subrayado es nuestro). Por otra parte, un nuevo liberalismo, al que él denomina ‘*renascent liberalism*’ (DEWEY, 1991), quiere decir un liberalismo tal que combine la defensa de la libertad

personal, como pretende el liberalismo clásico, pero con una mayor igualdad social y un mayor control estatal de la economía, es decir, con un requisito de intervención y planificación estatal, con el propósito de evitar la injusticia y el malestar social –factores asociados a lo que él considera ‘desorden natural’ del mercado–. En *Viejo y nuevo individualismo* diagnostica:

Estamos en camino hacia alguna forma de socialismo, llámese con el nombre que se quiera, y no importa cómo diablos se llame si se hace realidad. ‘El determinismo económico es un hecho’, no una teoría. Pero hay una diferencia y una opción entre elegir un determinismo ciego, caótico y carente de planificación, fruto de una economía que sólo persigue el beneficio pecuniario, o la determinación de un desarrollo socialmente planificado y ordenado. La diferencia entre un socialismo capitalista y un ‘socialismo publico’ (DEWEY, 2003, p. 137, agregó cursivas)⁴.

Se trata de una vía intermedia entre el liberalismo capitalista y la social democracia, como observa T. Kloppenberg (1986). Por otra parte, Dewey se propone iniciar una nueva práctica de ciudadanía democrática por oposición a la experimentada por el liberalismo del *laissez-faire*. Ya que, según Dewey, en ese subyace una errada concepción de la individualidad, una apriorística –atomística. De acuerdo con tal concepción los individuos son seres ya pre-constituidos, autosuficientes y autoconscientes, seres esencialmente egoístas predispuestos ante todo a guiarse por sus propios intereses. Dewey rechaza este tipo de individualismo exacerbado que contempla a los individuos separados de las relaciones sociales que ellos establecen. Por lo mismo objeta que:

Esta línea de pensamiento trata al individuo como si fuera algo previamente definido y con un contenido fijo. Ignora el hecho de que la estructura mental y moral de los individuos, así como los modelos de sus deseos e intenciones, ‘cambian junto con los grandes cambios en la estructura social’ (DEWEY, 2003, p. 108, agregó cursivas).

Desde su mirada pragmática, rechaza el antiguo mundo de esencias fijas, absolutas y necesarias, propio de la metafísica tradicional; por el contrario, insiste en la plasticidad, la transformación y la contingencia de nuestra individualidad (apela a la imagen del árbol).

² Véase la excelente biografía intelectual escrita por Westbrook (1991) e Dickstein (1998).

³ Fundadores del pragmatismo estadounidense son: Charles Sanders Peirce (1839-1914), William James (1842-1910) y John Dewey (1859-1952). Otros pragmatistas europeos son: F. Schiller (1759-1805); F. Nietzsche (1844-1900); H. Bergson (1859-1941); G. Papini (1881-1956). En cuanto a ¿Qué significa ‘pragmatismo’? –la palabra viene de la raíz griega, y significa ‘hecho’ o ‘acto’. Esta palabra es inventada para acentuar la conexión que Peirce ve entre nuestra vida intelectual (conceptos, creencias o teorías), por una parte, y nuestra vida práctica de acciones y placeres, por otra. También la denomina *practicalism* y a veces ‘sentido común crítico’. Peirce la aplicó a la doctrina que mantiene que ‘la significancia de una idea reside en las acciones a las que conduce’. Para estimar la diferencia entre dos creencias diferentes sobre la misma cuestión afirmaba que debemos considerar la diferencia en la conducta que se derivaría de adoptar una creencia u otra. Si de ello no se deriva ninguna diferencia, las dos creencias no son efectivamente diferentes. El pragmatismo afirma ser fundamentalmente un método, que Schiller llama simplemente ‘Humanismo’ y entiende que es la doctrina metafísica que de este método deriva (SCHILLER, 1916).

⁴ Según Robert B. Westbrook, Dewey no defiende un socialismo de Estado, los miembros de la comunidad no disputan sobre la distribución de los recursos materiales, sino que argumenta a favor de un socialismo de la inteligencia y el espíritu: ‘A ‘socialism of the intelligence and of the spirit’. To extend the range and fullness of sharing in the intellectual and spiritual resources of the community in the very meaning of the community’ (WESTBROOK, 1991, p. 94, el subrayado es nuestro).

Concibe a los individuos como seres inacabados y sometidos a un continuo proceso de formación y de cambio, haciendo especial hincapié en cómo se hallan moldeados e influidos por las condiciones históricas que les preceden, por los contextos socio - culturales que habitan, por los lenguajes que hablan y, en tanta o mayor medida, por las relaciones sociales y personales que establecen. No en vano la denominada ‘construcción social del yo’ —apreciada en el ‘interaccionismo simbólico’ de su colega George H. Mead— está llamada a desempeñar un papel primordial en la concepción que Dewey tiene de la individualidad. Por ende, se puede afirmar que sus premisas ontológicas permanecen alejadas de la del individualismo monádico. Según lo que ya había sugerido, en su obra propiamente de psicología social, *Naturaleza humana y conducta* (1922), el ‘yo’ lejos de ser la expresión necesaria de una esencia humana ontológicamente predeterminada y universalmente compartida, más bien sería una creación individual, contingente y cambiante. Y aun cuando desde esta perspectiva se pueda considerar que Dewey concede, por así decir, un cierto privilegio ‘teleológico’ al individuo, ello no quita que la sociedad preceda y moldee su constitución.

Una sociedad constituida no por individuos aislados e incommunicados entre sí, sino por individuos en constante y mutua interacción, cuya participación en la colectividad supondría un verdadero realce del propio individualismo. Y ello, ‘porque’ la individualidad no es un dato acabado desde el principio, que deba ser protegido contra la sociedad, sino una cierta cualidad o competencia que ha de ser potenciada y desarrollada a través de las relaciones sociales para que la individualidad de cada uno pueda realmente contribuir a la individualidad de los demás. De lo cual se sigue que el marcado sesgo individualista de Dewey no está desvinculado del peso que atribuye a la comunidad. Por el contrario, se puede afirmar que promover una verdadera individualidad y una verdadera comunidad sería para Dewey, en última instancia, un mismo y único proceso. En palabras de uno de sus autorizados intérpretes, Raymond D. Boisvert:

Esta concepción celular de la sociedad lleva a Dewey a establecer una distinción entre individualismo, el ideal de autonomía en un mundo lockeano, y la ‘individualidad entendida como la identificación de la forma propia en que cada persona puede contribuir a la comunidad’. Es ésta última la que ha de ser cultivada (BOISVERT, 1997, p. 106, nuestra traducción, el subrayado es mío).

En definitiva, como observa J. G. Morán, frente a un individualismo receloso de la vida pública que mira con desconfianza y severidad a la política (o más estrictamente: al Estado y sus instituciones), Dewey defiende la participación en tal ámbito como un bien para la realización del individuo – en su ética de la autorrealización (MORÁN, 2009). La autorrealización personal requeriría la participación activa en la *res publica* y en los asuntos de gobierno, la preocupación responsable por el bien común de la comunidad⁵. Por lo mismo, lo que Dewey denomina ‘libertad efectiva’ tiene que ver con una libertad positiva entendida esta como un logro adquirido precisamente en la acción colectiva y la experiencia pública⁶. A su juicio, los asuntos públicos democráticos deben ser incorporados al ideal de la autorrealización individual, ya que difícilmente este ideal puede ser alcanzado de forma plena y exitosa si el individuo se centra exclusivamente en el estrecho margen de la vida privada y renuncia a participar en la vida pública. Con lo cual Dewey enfatiza de forma mucho más radical que otros –liberales pragmatistas de última generación, estoy pensando en Richard Rorty– la necesidad e importancia de la vida comunitaria para la autorrealización personal, ya que en opinión de Dewey el desarrollo individual, en su más pleno sentido, sólo puede ser alcanzado en el contexto de la actividad social⁷. Como afirmó en otro lugar:

Sólo formando parte de una inteligencia común y participando en un mismo proyecto orientado al bien común, pueden los seres humanos realizar sus verdaderas individualidades y llegar a ser verdaderamente libres (DEWEY, 1991, p. 20, nuestra traducción)⁸.

⁵ En este sentido, y frente a la más clásica tesis sostenida por Louis Hartz (1955), según la cual la tradición política norteamericana desde sus inicios se asentó sobre un *consenso lockeano* respecto a los derechos de propiedad, Bruce Ackerman defiende recientemente una tesis distinta. Según Ackerman, Hartz habría hecho caso omiso de una versión del liberalismo norteamericano caracterizada por hundir sus raíces en la *polis* griega clásica y alejarse de las premisas lockeanas. Una versión del liberalismo que no considera a las personas como individuos abstractos separados de su contexto social y para la que la base de la libertad personal supone una cierta clase de vida política que requiere, a su vez, el cultivo y la promoción de una ciudadanía liberal. John Dewey sería, en opinión de Ackerman, uno de esos claros exponentes de esta *versión republicana* del liberalismo norteamericano –entre los que se contaría también John Rawls (ACKERMAN, 1991). En esa misma dirección, la de señalar la importancia que tiene para el concepto de autonomía individual de Dewey, su inscripción dentro de un determinado contexto de significados compartidos (como pueda serlo el contexto de una comunidad moral), ha apuntado el libro de Savage (2002).

⁶ Se podría decir que para Dewey la libertad, en congruencia con su ontología social, no consistiría tanto en una posesión individual, cuanto en una ‘adquisición socialmente condicionada’. Sobre el significado e implicaciones de esta acepción de la libertad en relación con las nociones de ‘individualidad’ y ‘democracia’ en Dewey, véase Festenstein (1997).

⁷ Para una visión atinente a las coincidencias y sobre todo diferencias entre ambos autores, véase igualmente Mougán (2001).

⁸ “Only by participating in the common intelligence and sharing in the common purpose as it works for the common good can individual human beings realize their true individualities and become truly free” (DEWEY, 1991, 20). Dewey se propone entonces impulsar el desarrollo de una auténtica individualidad, por cierto, como valor, opuesto al del viejo individualismo que se subyuga a intereses

Se aboca, por tanto, a la defensa de una democracia liberal participativa.

En su obra *La opinión pública y sus problemas*, Dewey (2004a) identifica uno de los acuciantes problemas que enfrenta la idea de democracia participativa: es decir, que si el bien común en una sociedad democrática incluye por un lado, la participación activa de los individuos en la vida comunitaria, por otro lado —y como consecuencia de las profundas transformaciones económicas, tecnológicas, sociales y culturales que traía consigo esa época de las grandes corporaciones multinacionales— las sociedades capitalistas desarrolladas se veían abocadas a un inexorable proceso de disociación y disgregación que convertía el ideal de la participación de los ciudadanos en la esfera democrática en una mera ilusión.

¿Cómo resolver este dilema entre el reconocimiento, por un lado, de la importancia que tiene para la vida política la participación democrática del público y la constatación, por otro lado, de la existencia de un público despolitizado, desinformado, disgregado y poco capacitado para ejercer dicha participación? Walter Lippmann, el afamado periodista objetor de Dewey, convencido como estaba de la propensión de las masas a actuar irracionalmente, propone apelar al conocimiento y la autoridad del experto (valdría decir también: del especialista científico o de una elite intelectual) como la mejor vía para tratar de paliar o contrarrestar las consecuencias negativas derivadas de dicha manipulación de los individuos por la propaganda (o ‘la fabricación del consentimiento’ *‘the manufacture of consent’*, expresión popularizada más recientemente por Noam Chomsky). Dicho de otro modo, Lippmann apoya la intervención del experto en los asuntos públicos en detrimento de la acción política democrática. Precisamente frente a esta solución tecnócrata, Dewey ofrece una respuesta diametralmente opuesta⁹.

Dewey piensa que los problemas de la democracia se resuelven favoreciendo una mayor participación del público en la vida política¹⁰. Porque concibe la democracia, básica y primordialmente, como un poder —o un valioso recurso— ‘en manos del público’. Desde el análisis etimológico, nota que

la palabra ‘público’ se deriva del latín *populus* (el pueblo) que, a su vez, se relaciona a una versión ampliada del *demós* griego. A Dewey le importa subrayar que es la colectividad pública la que se hace acreedora del poder, en las nacientes democracias modernas. Sólo que bajo las condiciones cada vez más complejas, cambiantes e inestables de las sociedades industrializadas, dicho público —que antaño abarcaba una existencia social compartida, una supuesta homogeneidad y, hasta cierto punto, unos valores y objetivos comunes— se estaba, sin embargo, convirtiendo en un conglomerado heterogéneo de grupos o colectividades. Por esta razón diagnóstica:

El problema, bien mirado, no es que no haya público [...]. El problema es que hay demasiado público, o sea, un público demasiado difuso y diseminado, y demasiado intrincado en su composición...Y queda poco que pueda cohesionar a estos diferentes públicos en un todo integrado (DEWEY, 2004a, p. 131).

La presencia de este público indeterminado, fragmentado y desorganizado al que le resulta cada vez más complicado llegar a identificarse y distinguirse como tal, lo que genera es tanta confusión y desconcierto que acaba oscureciendo, por así decir, la visión acerca de las vías o mecanismos de que se puede valer la participación política: “El público está tan confundido y eclipsado que ni siquiera puede ver los órganos a través de los cuales se supone que interviene en la acción política y el sistema de gobierno” (DEWEY, 2004a, p. 122). La consecuencia obvia es una mayor apatía por parte de una ciudadanía que ya de por sí crece en escepticismo respecto a la eficacia de la acción política. Esto puede constatarse al observar que, en palabras de gran actualidad, Dewey enuncia:

Sólo la costumbre y la tradición, más que la convicción razonada, junto con una vaga fe en el cumplimiento de las propias obligaciones cívicas, llevan a las urnas a un elevado porcentaje del 50% que aún vota. Y de ellos, como se suele observar, un gran número realmente vota en contra de algo o de alguien, y no a favor de algo o alguien (DEWEY, 2004a, p. 130).

Ante las dificultades señaladas, la existencia de un público eclipsado, fácilmente manipulado por los medios de comunicación, ‘balcanizado’ en múltiples grupos guiados por su propio interés y preso de una creciente apatía por los asuntos políticos, como en la época de Dewey, no nos cabría preguntarnos: ¿De qué medios podemos valernos para revitalizar al público?, ¿Bajo qué condiciones puede el público llegar a reconocerse y organizarse como tal?, ¿Qué

de la ‘cultura monetaria’, o a los de ‘la educación para la renta’, como actualmente destaca Nussbaum (2010).

⁹ Ahora bien, para una mejor o más adecuada comprensión de dicha obra conviene tener presente que ésta surge y debe leerse como una respuesta directa —a los influyentes libros *Public Opinion* (1922) y *The Phantom Public* (1925), publicados pocos años antes por otra de las más descollantes figuras de la vida intelectual norteamericana en la primera mitad del siglo veinte: Walter Lippmann, elitista, antibelicista y afamado periodista que llegó a ser considerado el columnista más influyente de los Estados Unidos, reconocía la importancia y trascendencia de la opinión pública para la vida democrática, pero le inquietaba enormemente su poder.

¹⁰ Con Lippman, Dewey admite que “[...] la vía más fácil para alcanzar un control de la dirección política es el control de la opinión” (DEWEY, 2004a, p. 155).

requisitos serían necesarios para que lograra definir y expresar sus intereses o, más aún, para que conviniera en adherirse en torno a un ideal compartido?

La respuesta de Dewey quiso contribuir a la revitalización de ese espacio público entonces difuso; estuvo convencido que la mejor vía para organizar a ese público era persuadirlo hacia temas, intereses y objetivos comunes. Su proyecto de *Democracia y Educación* (2004b) llama efectivamente a la búsqueda de una *Gran Comunidad*. Declara propositivamente: “Mientras la Gran Sociedad no se convierta en una Gran Comunidad, el Público seguirá eclipsado. Sólo la comunicación puede crear una gran comunidad” (DEWEY, 2004b, p. 134). Con la expresión ‘Gran Sociedad’ alude a esa sociedad cada vez más disgregada, abstracta e impersonal que venía siendo impulsada por las nuevas fuerzas tecnológicas y económicas ligadas al proceso de industrialización capitalista —entre cuyas consecuencias más visibles estaría el desarraigo de los individuos respecto de sus pequeñas comunidades locales caracterizadas por su homogeneidad y sus estrechos vínculos comunicativos—. Con la expresión ‘Gran Comunidad’ hace referencia a su propósito de contrarrestar ese proceso de disgregación y atomización a través de una revitalización de la *dimensión comunicativa*, esto es, de esos vínculos vitales y participativos capaces de generar una experiencia común compartida¹¹. De ahí que —en *Democracia y Educación*— destaque:

Hay más que un vínculo verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación. Los hombres viven en una comunidad por virtud de ‘las cosas que tienen en común’; y la comunicación es el modo en que llegan a poseer cosas en común (DEWEY, 2008, p. 15)¹².

Una comunicación efectiva sería la condición *sine qua non* para poder establecer esa Gran Comunidad. Dewey propone que la vida social en esa Gran Comunidad “[...] es idéntica con la comunicación” y entiende que toda comunicación (y por tanto toda vida social genuina) es educativa —a lo que añade— toda comunicación es como arte (DEWEY, 2008, p. 16) Porque en la comunicación cabe que el

público se pueda llegar a conocer, reconocer, articular y pronunciar desde su propia identidad. La comunicación es también la vía por medio de la cual el individuo logra conectarse con la sociedad, transformarse en un tipo específico de ser social y abrirse a la posibilidad de una experiencia compartida. Y será mediante esa experiencia compartida como los individuos puedan llegar finalmente a identificar y expresar sus problemas, intereses y aspiraciones comunes. De ahí la conveniencia o incluso la necesidad, de deliberar y reflexionar públicamente, de debatir y tomar conjuntamente decisiones sobre aquellos asuntos que ineludiblemente conciernen a todos y terminan afectando, por tanto, al bienestar común. La fe de Dewey en la democracia participativa se contrapone a la fe tecnocrática, por lo que, contrariamente a Lippman, opina que:

Todo gobierno de expertos en el que las masas no tengan oportunidad de informar a éstos de cuáles son sus necesidades no puede ser otra cosa que una oligarquía gestionada en interés de unos pocos (DEWEY, 2004b, p. 168).

La participación ciudadana cobra sentido para Dewey cuando los individuos se constituyen a través de un proceso de comunicación, interacción y cooperación con los demás por el cual son capaces, al mismo tiempo, de reconocerse como miembros de una comunidad. Su conocido lema: “[...] una democracia es más que una forma de gobierno; es principalmente un modo de vida asociado, de experiencia compartida” (DEWEY, 2008, p. 82, nuestra traducción)¹³. Aquí lo vemos acentuar la dimensión social de la democracia, lo cual implica que la democracia es la misma ‘vida comunitaria’. La entiende como ‘ideal ético’, como una ‘forma personal de vida’ y hasta como ‘un modo de afrontar nuestra existencia’. La democracia no se reduce a una forma de gobierno o a la institucionalización de ciertas prácticas o mecanismos políticos, tales como: elecciones, conteo de sufragios, regla de mayorías, etc., se presenta más bien como un ideal. Es un ideal en tanto para que: “[...] se realice, debe afectar a todos los modos de asociación humana, a la familia, a la escuela, a la industria, a la religión” (DEWEY, 2004b, p. 135).

En términos de la intrínseca relación que establece entre *Democracia y Educación*, Dewey (2004b) pone en juego los principios del empirismo radical ya implícitos en su pragmatismo; los cuales formula así:

¹¹Según Terry Hoy, Dewey veía necesario “[...] to recognize the difference between ‘association’ and ‘community’. Associative action is the condition of the creation of communities; but association is physical and organic, whereas community is ‘moral’. [reconocer la diferencia entre ‘asociación’ y ‘comunidad’. La acción asociativa es la condición de la creación de comunidades; pero la asociación es física y orgánica, mientras que la comunidad es ‘moral’. (HOY, 1998, p. 105, nuestra traducción, el subrayado es nuestro).

¹² “There is more than a verbal tie between the words common, community, and communication. Men live in a community in virtue of the things which they have in common; and communication is the way in which they come to possess things in common” (DEWEY, 1980a, p. 7).

¹³ “A democracy is more than a form of government; it is primarily a mode of associated living, of conjoint communicated experience” (DEWEY, 1980a, p. 93).

La democracia es la creencia en la capacidad de la experiencia humana para generar propósitos y métodos por los cuales la experiencia posterior crecerá en una riqueza ordenada. Cualquier otra forma de moral y de fe social descansa sobre la idea de que la experiencia debe estar sujeta en una u otra parte a alguna forma de control externo; a alguna autoridad que se supone existe fuera de los procesos de experiencia. La democracia es la fe en que el proceso de la experiencia es más importante que cualquier resultado especial logrado [...] 'Como el proceso de la experiencia tiene valor educativo, la fe en la democracia se identifica con la fe en la experiencia y en la educación'. [...] Si alguien pregunta qué se entiende por experiencia en este contexto, mi respuesta es que coexiste en esa libre interacción entre los seres humanos con las condiciones que lo rodean, especialmente al medio humano, que desarrolla y satisface las necesidades y deseos al aumentar el conocimiento de las cosas tal y como son. El conocimiento de las condiciones tal y como son es el único fundamento sólido para la comunicación y la participación; todas las demás comunicaciones significan la sujeción de algunas personas a la opinión personal de otras personas [...] (RATNEY, 1940, p. 227, nuestra traducción, el subrayado es nuestro).

Sin embargo, el proyecto pragmático político de Dewey de una gran comunidad o de democracia participativa y creadora se apoya en su noción de educación cívica que incluye el cultivo de las bellas artes –más que la filosofía académica formal–. Puesto que en las bellas artes se ponen en juego las habilidades creativas, el goce por las obras de arte de los otros, y la misma comunicatividad. Así, en su libro *El Arte como Experiencia* nos demuestra cómo el goce de los fines y la persecución de propósitos están interrelacionados:

Cuando los objetos artísticos son separados tanto de las condiciones de origen, como de su operación en la experiencia, se levanta un muro alrededor de ellos que opaca su significación general, de la cual trata la teoría estética. El Arte se remite a un reino separado, donde se encuentra fuera de la asociación con los materiales y aspiraciones de todas las otras formas del esfuerzo humano, de sus padecimientos y logros. Entonces se impone una primera tarea al que pretende escribir sobre la filosofía de las bellas artes. Esta tarea consiste en restaurar la continuidad entre las formas refinadas e intensas de la experiencia que son las obras de arte, y los acontecimientos, hechos y sufrimientos diarios que son reconocidos universalmente como constitutivos de la experiencia [...] (DEWEY, 1948, p. 5).

[...] Llegamos a una conclusión referente a las relaciones del arte instrumental y el arte bello que es justo la contraria de aquella a que tienden los estéticos exclusivistas, a saber, que el arte bello

cultivado 'conscientemente' como tal es de una índole instrumental *sui generis*. Es un procedimiento de experimentación empleado con vistas a la educación. Existe en gracia a un uso especializado que representa nuevas formas de adiestrar la percepción. Cuando los creadores de tales obras de arte tienen éxito, tiene también títulos para merecer la gratitud que sentimos hacia los inventores de microscopios y micrófonos; a la postre franquean nuevos objetos que observar y gozar. Este es un verdadero servicio [...] (DEWEY, 1948, p. 319, nuestra traducción, el subrayado es nuestro).

Nota conclusiva

De los textos de Dewey aquí revisados, podemos colegir que todas las cosas 'son realizadas con fines de educación', la filosofía, subentendiendo, 'es la teoría general de la educación' y las artes, podemos concluir, representan su aplicación y práctica general. Por cierto, hablar así de la vida del espíritu como un proceso de educación es usar el término 'educación' en un sentido muy amplio, pero esta es una característica propia del empirismo radical de Dewey. La disciplina de las aulas y academias (incluyendo la filosofía) es solamente una primera fase de nuestra evolución social, puesto que no hay límites en el proceso educativo. 'Democracia' y 'educación' son términos prácticamente co-extensivos para Dewey. En este mismo sentido, como señalamos, considera que *All communication is like Art* ('Toda comunicación es como el arte') (DEWEY, 1980a). Esta comunicación como arte se ejerce idealmente en la gran comunidad, incluye ciertamente prácticas de consulta democrática, tales como la asamblea, la persuasión, y la discusión (DEWEY, 2004b).

A modo de corolario, porque estamos situados en Latinoamérica como ciudadanos de estados democráticos, podemos reconocernos -primos-hermanos de Dewey- y como comunidad en diálogo, para plantearnos nuestro propio ideario democrático. Nuestro camino para la búsqueda de la gran comunidad, la de 'nuestra América', atraviesa la fase ineludible no solo de recuperar y delimitar nuestra identidad cultural, sino de reconocer nuestra necesidad de profundizar creativamente en tal ideal de democracia. Por ejemplo, una que pueda 'ser nacional sin ser nacionalista y regional sin ser regionalista'. Dentro de un tal ideal podría conseguirse abarcar el más amplio rango posible de esferas o relaciones sociales, dando así lugar, en la expresión de Richard Bernstein, a una *Community of democratic communities* (DICKSTEIN, 1998). Sin embargo, el punto de partida es reconocer que estamos en el camino de búsqueda o recuperación de nuestra gran comunidad, y cuando la

identifiquemos, pasaremos a avanzar al pleno desarrollo de ella, lo cual a su vez dependerá de nuestra voluntad para mantenernos en un proceso permanente comunicativo, educativo, de indagación e intensificación. Pues además de ser un ideal social e inherentemente participativo (o tal vez precisamente por eso), la democracia aparece, también claramente a los ojos de Dewey, como un ideal regulativo —esto quiere decir como un horizonte que nunca se acaba de alcanzar—, tal como él mismo lo reconoce expresamente al afirmar que en cuanto ‘ideal’ la democracia ‘no es un hecho ni nunca lo será’. No obstante, este ideal está lejos de ser planteado por Dewey en términos retóricos o demagógicos, puesto que es un planteamiento de democracia radical, y esto quiere decir que se basa en la constatación de las constantes rítmicas de interacción con el entorno vivo y social que nos rodea. El arte, al que apela, como nota, si es educativo, es moral, lo es pese a los moralistas y los educadores, y a menudo en contra de ellos, porque lo que aporta es siempre ‘la sensibilidad de relaciones’, de los modos de relación, por ejemplo, “[...] con las obras de los demás, que aún no han sido momificadas por cualesquiera institución” (DEWEY, 1980b, p. xv). Podemos, por tanto, decir que la propuesta educativa pragmática de Dewey se plasma en una política del arte, en tanto que el arte consiste en hacernos más inteligentes, más sensibles, en mantener el instrumento a la mano que nos permita intensificar nuestra vida o reforzar y expandir nuestra capacidad de pensar y hacer con otros.

Referencia

- ACKERMAN, B. **We the people: foundations**. Cambridge: Harvard University Press, 1991.
- BOISVERT, R. **John Dewey**. Rethinking our time. Albany: State University of New York, 1997.
- DEWEY, J. **La Experiencia y la naturaleza**. Trad. Por José Gaos. México-Buenos Aires: FCE, 1948.
- DEWEY, J. Democracy and education. In: BOYDSTON, J. A. (Ed.). **The middle works of John Dewey 1899-1924**. Carbondale; Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1980a. v. 9. p. 1-365.
- DEWEY, J. **El arte como experiencia**. Barcelona; México; Buenos Aires: FCE, 1980b.
- DEWEY, J. Liberalism and social action. In: BOYDSTON, J. A. (Ed.). **The later works of John Dewey, 1925-1953**. Carbondale; Edwardsville: Southern Illinois University Press, 1991. v. 11. p. 1-65.
- DEWEY, J. **Viejo y nuevo individualismo**. Cataluña: Paidós Ibérica S. A., 2003.
- DEWEY, J. **La opinión pública y sus problemas**. Madrid: Morata, 2004a.
- DEWEY, J. **Democracia y educación**. Trad. por Luzuriaga, L. Madrid: Morata, 2004b. (Gutenberg eBook, 2008).
- DICKSTEIN, M. **The revival of pragmatism**. Durham: Duke University Press, 1998.
- FESTENSTEIN, M. The ties of communication: Dewey on ideal and political democracy. **History of Political Thought**, v. 18, n. 1, p. 104-124, 1997.
- HARTZ, L. **The liberal tradition in América**. New York: Harcourt Brace, 1955.
- HILDEBRAND, D. L. **Dewey**. A beginner's guide. Oxford: Oneworld, 2008.
- HOOK, S. **Jonh Dewey: una semblanza intelectual**. Trad. por Arenas, L. y Del Castillo, R., Barcelona: Paidós, 2000.
- HOY, T. **The political philosophy of John Dewey**. Towards a constructive renewal. Westport & London: Praeger, 1998.
- KLOPPENBERG, T. **Uncertain victory: Social democracy and progressivism in European and American thought, 1870-1920**. New York: Oxford University Press, 1986.
- MORÁN, J. G. John Dewey, individualismo y democracia. **Foro Interno, Anuario de Teoría Política**, v. 9, n. 9, p. 11- 42, 2009.
- MOUGÁN, J. C. Rorty y la interpretación de la obra de Dewey. In: ARENAS, M. P. (Ed.). **El retorno del pragmatismo**. Madrid: Trotta, 2001.
- NUSSBAUM, M. **Sin fines de lucro**. Por qué la democracia necesita de las humanidades. Madrid: Katz editores, 2010.
- RATNEY, S. **The philosopher of the common man: essays in honor of John Dewey to celebrate his eightieth birthday**. New York: G. P. Putnam's Sons, 1940.
- RUSSELL, B. **The History of Western Philosophy**. New York: Simon & Schuster, 1972.
- SAVAGE, D. M. **John Dewey's liberalism: individual, community, and self-development**. Carbondale & Edwardsville: Southern Illinois University Press, 2002.
- SCHILLER, F. C. S. **Studies in humanism**. New York: Macmillan and Co. Lted, 1916.
- WESTBROOK, R. **John Dewey and the American Democracy**. Ithaca; New York: Cornell University Press, 1991.

Received on January 23, 2015.

Accepted on April 20, 2015.

License information: This is an open-access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution License, which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited.